

IV

Alejandro Nava, Pérez Guerrero, Manuel Gaso, Antonio Halconero y los demás jóvenes que componían el cenáculo de Lisboa, estaban muy preocupados con las ausencias de Tomás y con el vivir de éste.

Bien que anduviera a ratos con golfas y hasta con sujetos de mala condición. También ellos lo hacían; pero de hacerlo ocasionalmente, a tomarlo por hábito, mediaban gran diferencia y grave perjuicio para su compañero. Les era éste muy estimado por su entendimiento, por su energía, por su audacia en las horas de prueba. Oficiaba entre ellos, no en jefe — aquel grupo de «genios» rechazaba las jefaturas —, en portabandera. ¿Es que iba a desertar? ¿Es que podían dejarle seguir por el camino que llevaba? De ningún modo. Por la gloria del cenáculo, por el bien personal de Tomás había que impedirlo.

Dispuestos a la obra se presentaron una tarde en la taberna de la Paca, donde el poeta jugaba solemnemente al mus con el marido de la dueña y con dos *groupiés*, que aguardaban la hora de entrar en sus distinguidas funciones.

Sus cortejos, dos amigos de Encarnación, charlaban con ésta y con la tabernera, entre sorbo y sorbo de café revuelto con leche.

— Chico — dijo Gaso a Tomás —, no hay excusa. Tu falta sería imperdonable. Pepita Valdenebro nos dió encargo de que te sacáramos del mismo centro de la tierra.

Se trataba de asistir a uno de los tes literarios inaugurados el mes anterior por el marquesito de Altonera, joven literato que recibía en su hotel una vez por semana a la crema del mocerío intelectual.

Vivía espléndidamente el marqués, por los caudales de su madre, y usufructuaba en el palacio de ésta un pabellón independiente, con todos los menesteres propios a una buena tertulia. Tenía la de Paquito — así se llamaba — en favor de los bohemios del cenáculo la no precisión de atavíos etiqueteros para concurrir a ella. Iba cada cual con el traje de su corriente uso — muy mal uso quiere decir —. Manuel Pérez Guerrero, so pretexto de un gran catarro, no se quitaba su gabán. Debido era el engabamiento aquel no a catarro, a un roto de los pantalones, que dejaba al aire libre la camisa, los calzoncillos y trozos de carne nada honestos. Añádase a la franquicia indumentária, que el marquesito trataba

a sus huéspedes con noble esplendidez. El te servía de pretexto a la presencia de exquisitos fiambres y de primates vinos. Tal que mosquitos revoloteaban los bohemios en torno a las botellas; tal que buitres se abatían contra los fiambres y los pasteles y los dulces. A la tertulia acudían, a mayor suma de alicientes, mujeres: poetisas, novelistas, articulistas, dramaturgas..., muchas, si en agraz por su fama, maduras y remaduras por sus años, pero aun apetecibles, gracias a afeites y mejunjes. Habíalas jóvenes y bellas, siquiera fuesen en minoría; tampoco faltaban actrices sin contrata, larvas de Dusse, de Bernardh, de Guerrero, que llevaban sus recitamientos de gabinete en gabinete, aguardando la hora de poderlos llevar de bastidor en bastidor. También, y en competencia con la Valdenebro, frecuentaban los tes damas de buena cepa, tan resueltas como Pepita a cualquier aventura, aunque no tuvieran, como ella, en su abono el ingenio y la originalidad. Para aquel jueves ofreció solemnemente Paquito la presencia de literatos y literatas de renombre.

Gozaba el marqués, no obstante su cuerpo musculoso, más que de Apolo, de Hércules, justa reputación de ser en todo femenino, y de formar, con su mote correspondiente, en el Gotha del androgenismo madrileño.

En oficios públicos de secretario particular y en otros oficios ocultos, según lenguas pecaminosas, acompañaba a Paquito un joven de veinte años, con cara de virgen prerrafaélica, labios pintados de car-

mín, grandes ojeras de entonaciones lirio y andares de princesa cautiva. Con Paquito vivía, y junto a él hacía los honores en la recepción semanal.

Después de todo, ¿qué importaba esto a los del cenáculo? La cuestión inmediata era pasar la tarde y atiborrarse de fiambres y vino; la cuestión mediata, que el aristócrata, sobre tener apreciable talento, desbordaba en pesetas. Su pabellón podía ser cuartel general de luchadores; su cartera, banco protector de un periódico que pensaban los bohemios fundar.

Fuera torpeza rehusar las invitaciones, y más torpeza que Tomás dejara de asistir aquel jueves: formaba parte del programa. Se había ofrecido solemnemente la lectura del primer acto de su drama *Justicias*.

A más de ello, Tomás, el orador, el retórico de la tribu, debía llevar la voz cantante en lo del periódico, el gran periódico que iba a volver patas arriba el mundo de las letras, de las ciencias y de las artes. Esto lo afirmaba Halconero, empinándose sobre la punta de los pies, para acrecentar su estatura minúscula, repeinándose con la diestra su pelambre de erizo, retorciendo con la siniestra su bigotillo ralo, abriendo desmesuradamente los ojos, como si con ellos quisiera abarcar y dominar de un solo golpe pasado, presente, porvenir.

En dos amplias habitaciones destinadas a la tertulia, bajo la luz de artísticas lámparas, agrupábase buen golpe de personas cuando entraron los del cenáculo. Paquito fué a su encuentro con ambas ma-

nos extendidas. Ernestín —el particular secretario— quedó recostado en un diván, haciéndose aire con un número de la revista *Fémína*.

Allí estaban Luisita Mazini y su madre, una italiana que, a su decir, entroncaba por la línea octava o novena con los propios Aostas. La hija cultivaba la escena. Tenía grandes aptitudes de actriz, que la madre, vieja ridícula, de tirabuzones pintados en rubio y gran sombrero adornado con plumas, esterilizaba y pervertía con lecciones, consejos y mandatos que trocaban a la hija, de puro querer describirlo todo con sus acciones y sus gestos, en pimpampunero monigote. Era lástima, porque la muchacha poseía fuerza de expresión, hermosos y dramáticos ojos y una voz grave que se adueñaba del espíritu.

Junto a Luisita estaba Federico Llanceza, violinista próximo a debutar en el Ateneo, con su rizosa cabellera, sus ojos dulces, su boquita de piñón y sus flancos de buena moza. Sus ojos, luego de contemplar dulcemente el rostro africano de Nava, bajaron púdicos al suelo, mientras las mejillas se le cubrían de sonrojos.

En un *tête-à-tête* conversaban la opulenta *Esmeralda* y Adolfo Varona, un cubano a quien su novela última, *Espasmo*, hacía ídolo de cortesanas, estudiantes y vejetes libidinosos; próximo a él asentaba «el maestro», el rey indiscutido de este género maleante que hace años se expendía en voz baja por los cafés y hoy triunfa en los escaparates y en los anuncios periodísticos.

«El maestro» retrepaba su figurilla de cráneo puntiagudo contra una butaca, y daba a la atmósfera los humos de una Águila Imperial, girando y girando en todas direcciones sus asombrados ojos. Acaso el asombro era motivado en «el maestro» por su propia contemplación, por la sorpresa que a él mismo le causaba verse en papel de personaje.

Su discípulo, más literato, cultivaba el género novelesco entonces en boga, por hacer que su nombre sonara en los periódicos, por vender mucho y sacar adelante sus obligaciones y sus vicios. Era el primero en burlarse de sus novelas, y hasta prometía a su conciencia artística, malhumorada, un cabal desagravio cuando, libre de ahogos por mérito de crecidas liquidaciones, pudiera dedicarse sin apresuramientos a escribir una obra digna de él y del respeto literario.

De ello hablaba con la hermosa *Esmeralda*, muy de veras artista, ácrata, de capricho más que de convicción, buena moza, hembra codiciable a pesar de sus cuarenta años, que llamaba ella treinta, y de su gordura, prisionera en un corsé coraza.

*La Esmeralda* sostenía gallardamente su renombre de gran escritora y de amadora grande. En aquel momento no relumbraban sus magníficos ojos ni sonreía su boca, deliciosamente endentada, a impulso de los ideales artísticos o humanitarios; hacíanlo admirando la imagen varonil de Varona, la línea sensual de aquel medio mulato que, inclinado sobre el brazo del *tête-à-tête*, envolvía a la escritora con sus cálidos alentares.

—El discípulo valía más que el maestro; ya esta-

ba ella hasta el moño de aquel buen señor que dejaba todos sus erotismos para la imprenta, y en la intimidad era un tímido, un poquita cosa, una novelilla, con el prólogo muy pesado y sin epílogo posible.

En el segundo gabinete revoloteaban junto a la viuda del general Mardora y sus hijas, cuatro o cinco galanes, a los cuales se reunieron López Guerrero y Nava. La tal viuda fué más generala que el difunto, hasta en lo de utilizar el servicio de los ayudantes, que ella por sí propia escogía. Sin su «Visto Bueno» no entraban cordones en la casa. Aun coqueteaba, empleando como señuelo para juventudes ansiosas, si no su cara, donde las arrugas se burlaban de ber mellones y blanquetes, su busto frescachón, que siempre traía al descubierto, y sus brazos opulentos, desnudos de guante para mostrar carnes blancas y prietas. De sus hijas, una, la mayor, pequeña, muy pequeña, con ojos negros y hocico de gatita golosa, se las daba de poetisa; su género predilecto era la copla. ¡Y qué coplas las de África! Calamidad literaria mayor que la tal criatura fuera imposible hallarla. Había coleccionado sus coplas sobre las páginas de un libro que no fué preciso vender — no se hubiera vendido nunca —, porque África dedicó todos los ejemplares. No quedó escritor en España y en las dos Américas sin recibir un tomito de *Ayes* con su «envío» correspondiente. Bien es cierto que tampoco quedaron escritores de habla española a quien la joven no escribiera, antes o después de los *Ayes*, cartas donde su corazón moribundo solicitaba otro

corazón que hiciera revivir al agonizante. En las redacciones eran populares las epístolas de África. «Hoy te toca», se decían unos a otros los periodistas. «Ahí tienes carta de África.» Si el agraciado llegaba al periódico más tarde que sus compañeros, hallaba escrita sobre la epístola africana esta frase sacramental: «¡A por... corazón!» La hermana de África (llamada así porque nació en Ceuta y fué su padrino un capitán del Disciplinario) tenía por nombre Virtudes. No literateaba; pintaba palomitas y flores; tocante al resto hacía competencia a su hermana. La aventajaba en talla y en carnes, y era rubia, con hermosos ojos azules. Alrededor de estos ejemplares agrupábase la masculina juventud, dejando conversar en un ángulo del gabinete a otros jóvenes, poetas bajo su palabra de honor, y menos asiduos con las damas, aunque accionaban casi casi como ellas.

— Esperemos un poco—dijo el marquesito poniéndose de medio lado entre las dos puertas, con una mano en la cintura y la otra sobre el pecho—. Quedan amigos y amigas por venir. Me lo ofrecieron sin ambigüedades. Sobre todo Pepita y las de Fuenterrota. Ésas no faltan; Pepita quiere ser madrina del drama de Tomás. No tenga usted miedo, Avendaño; su drama, aparte el mérito, que es grande, se representará a escape si Pepita lo acoge bajo su protección. Es mucha persona y con gran mano en los «camerinos». Los papeles de mujer déjeselos usted repartir a ella: conoce a fondo a las actrices, y sabe de memoria lo que da cada una de sí.

— Ya estás murmurándome, mala pécora — exclamó Pepita, que entraba —. De acuerdo, Tomás; repartiré los papeles de mujer, con tal que Paquito, por iguales causas que yo, reparta los de hombre.

Con la Valdenebro, a quien acompañaban una cronista de trajes, peinados y sombreros en periódico de gran circulación, y un revistero de salones, entraron las de Fuenterrota, dos tituladas tan rotas de crédito como sus apellidos. Al rabo de ellas llegaron también dos señoras, filósofa la menos joven, la más joven oradora de club, ridícula caricatura de esas heroínas que bregando con todas las miserias y arrostrando todas las injusticias, proclaman con honrados ejemplos el derecho de la mujer a ser libre y consciente en sociedades fraternales e igualitarias. La tertulia de Paquito no valía gran cosa: hablaba en moderno Jesús; pero en moderna Magdalena, antes de arrepentir, vivía.

Era un fantasmón que recibía a sus amantes con bata encarnada y gorro frigio.

Media docena más de personas completaron la reunión, y tras amena parla, a la que siguieron un concierto dado por el violinista de las caderas y la representación de un monólogo, a cargo de la señorita de la madre italiana, sirvieron el te las muchachas de Fuenterrota.

Los del cenáculo, excepción de Tomás, que conversaba con Pepita, cayeron en horda sobre los vinos, sobre los emparedados, sobre los jamones de York y los embutidos mallorquines y genoveses; *razzia* hicie-

ron en ellos, sazónándolos con vasos de Jerez, de Montilla y Oporto. No daban fin sus tragaderos, castigados por el ayuno o por la bazofia tabernaria. Alejandro Nava, que había pasado mes y medio en París, del que regresó a limosna de los compatriotas, refería frente al veladorcito donde merendaba la familia Mardora, aventuras fantásticas corridas por él en la francesa capital. Estaba graciosísimo desde su retorno. Él, andaluz neto, sevillano de pura cepa, hablaba con pronunciación parisién, casi en olvido del español idioma. Sabiéndose de memoria Madrid, aparentaba ignorar el nombre de las calles.

Contaba ahora un lance que le acaeció en el Café Americano, asegurando que a los franceses les falta aquella hidalguía, aquel arresto necesarios para declarar suya a la mujer que asienta con uno y defenderla en virgen, aunque ella viva en cortesana. Así lo verificó Alejandro en París, respondiendo al quijotismo sublime de la raza.

África le oía entornando los ojos, repeinándose con sus primorosos deditos, realizando esfuerzos enormes para que se supusieran debajo de su chaquetilla agitadas curvas carnales.

— Sí — decía Alejandro —, yo estaba con algunos hombres de letras en el *Ameriquén*, cuando hubo lugar de que se acercó a nuestro cenáculo una señorita boulevardera; la invité a una consumación; nosotros hablábamos con la señorita, cuando un señor, extraño al cenáculo, se aproximó a ella y, cogiéndola por el mentón, hizo cortesía de besarla. «Esta señorita está

a mi lado — dije — y le defiende, señor, de tocarla.» «Esta señorita es de todo el mundo», repuso. Yo, entonces, levantando el... *coment s'apelle?* — preguntó Nava cogiendo el soporte en que descansaba la tacita de te — *coment s'apelle ça?*...

— Platillo, Alejandro — contestó gravemente Pérez Guerrero.

— *Perfectamente*, platillo — repuso el orador —. Levanté el platillo...

Y continuaba la narración de su aventura, terminada con un duelo a espada española, durante el cual recibió dos heridas, y su adversario una que le hizo caer redondo. «No muerto, afortunadamente», añadía Alejandro. África, alentando más fuerte, preparaba in mente una dedicatoria de su libro para el andante caballero y la inevitable cartita en demanda de corazón.

— Ese Pepe, *el Susini* de la noche del *Empalmaa* — decía Pepita, que saboreaba el te de sola a solo con Tomás —, es un tipo. ¡Pues no tomó en serio la broma y quería mandar en mí como si yo fuera un quinto en instrucción!... ¡Mira que sujetarme yo! La verdad es que me aficioné a él muy de veras; cuarenta días me ha durado la fiebre; pero, hijo, salí de ella; quise volver a mis costumbres, y una noche le dije: «Esta noche te vas donde quieras; yo voy al cantante a beberme tres con *la Palitos*. Hace mes y medio que no me ve la pobre. Conque adiós, ya te avisaré un día de estos»; y me puse en pie para salir. ¡Una fiera, Tomás! Me cogió por el brazo y me gritó,

metiendo sus ojos, como dos puñales en los míos: «¿Que vas a irte? Esas danzas se remataron, pero que pa siempre. ¿Te enteraste, Pepilla?» «De que estás loco me enteré. ¡Vamos, suelta!» Y dando un tirón para desprenderme de su mano, le metí las uñas en la cara... ¡Qué guantazo, amigo!... Caí como un taco en la alfombra. Quince días he estado sin salir de mi casa, con el ojo derecho vuelto una carbonera. Mira, aquí, sobre el pómulo, aún quedan señales. Menos mal que cuando me alcé y fui para él hecha una tigre, tuvo un arranque de hidalguía. «¡No me gusta matar mujeres! — exclamó echando atrás los puños—. Por no hacerlo salgo de aquí.» Se fué, sin mirarme, chico. Al día siguiente le envié una sortija que bien vale dos mil pesetas. ¿Sabes qué hizo? Devolvérmela con una carta, en la que escribió estos renglones: «Ni mato mujeres ni admito obsequios de *gachís*. Bien o mal, mi dinero y mis joyas soy yo quien se los gana.» ¿Qué te parece del *Susini*? A mí me ha gustado el arranque. ¿A qué negarlo? El sopapo me ha gustado también. ¡Ay!, si hubiera tropezado en mi gente a un hombre del temple del *Susini*, quizás... Lléname esa copa de Jerez, que no quiero ponerme tierna.

El diálogo fué interrumpido por una discusión artística que se ventilaba a grandes voces. En tablada al principio entre Gaso y uno de los jovencitos que tomaban su te en unisexual aislamiento, se generalizó entre todos los contertulios; todos hablaban, excepción hecha del maestro en pornografía novelesca, del

cultivador de la cochinada por la cochinada, quien repretándose contra el sillón que servía a sus posaderas de trono, continuó rechupando el cigarro, moviendo la cabeza puntiaguda con monotonía pendular y recorriendo el gabinetito con sus ojos llenos de asombro.

*Esmeralda*, África, Varona, el violinista, Gaso, Pérez Guerrero, Nava, la oradora de club, Paquito, Ernestín y los fieles del rincón solitario discutían por turno o en montón para exponer, entre teorías absurdas, entre imbéciles snobismos, ideales, tendencias, ensueños, porvenires artísticos. Sobre ellos flotaba la belleza, unas veces en reina incommovible, en virgen solitaria, infecunda; otras, abrazada a la humanidad en hembra paridora, cuyo vientre y cuyas caderas se ensanchaban y se abultaban a impulsos de gestaciones generosas.

Tomás no estaba con los del arte por el arte; estaba con los del arte por la humanidad. No creía que el artista necesitara encastillarse en torres de marfil y ofrecerse a las multitudes como hostia en tabernáculo para ser grande y fuerte.

Afirmaba que el artista debía descender a la vida real, entrar en ella, sumarse a ella, sufrir los dolores, las angustias, las explotaciones, los odios, las brutalidades y las ignorancias de su tiempo; buscar en ellos el amor, la fraternidad, la justicia; recoger los alegatos de las víctimas, las esperanzas de los caídos, las doctrinas de los pensadores, la compleja e hirviente masa donde burbujea el porvenir, y destilarlos

en un crisol de arte, en un fuerte vaso de belleza, para brindársela a la humanidad.

Apoyaban a Avendaño *Esmeralda*, Pepita, la oradora de club, Nava, Gaso, Pérez Guerrero, Varona. Frente a ellos — excepción hecha de Paquito, que permanecía neutral — estaban África, la poetisa decadente — ¡y tan decadente! —, el revistero de salones, el cronista de modas..., la tribu entera de los jovencitos andrógenos. ¡Nada de ideas! Las ideas eran completamente inútiles. ¡La forma, la santa forma imponiéndose a todo, en el libro, en el drama, en el lienzo, en el papel pautado! La belleza, impasible flotando por encima de la humanidades, en diosa cruel, dejándolas marchar a la ventura o al dolor, sin prestarles su auxilio. Las humanidades pasan; la belleza persiste. Ni el bien, ni el mal, ni la justicia, ni la injusticia, deben ser preocupación del poeta. Ha de concretarse a crear un cacho, aunque sea una partícula de belleza; con esto cumple, con esto puede mirar desdeñosamente al género humano desde su torre de marfil. Por este resbaladero del arte por el arte iban deslizándose modernismos, decadentismos, androgenismos, satanismos, culteranismos, futurismos, todas las gelatinas estéticas entre cuya cola se bambolea una producción literaria sin vigor y sin medula.

En la otra banda, en la de los defensores del arte por la humanidad, discurseaban y despotricaban los apóstoles del groserismo, del incorreccionismo, del pornografismo, de mil y mil antiartísticos credos,

entre los cuales el arte naufraga, envuelto en repugnantes y fétidos salivajos de espuma. Los del cenáculo, aun sustentando opiniones diversas, convenían en que, ante todo y sobre todo, prescindiendo de escuelas, el artista debía procurar ser él, darse al público francamente, en la plenitud de su temperamento, sin querer ser este o el otro, siendo él mismo; sólo de esta forma puede alguna vez el artista hacer un gesto noble y sobrevivir a su muerte.

Entre gestos, apóstrofes, acalorados manoteos y retadoras actitudes, proseguía la discusión, más viva a cada minuto, y era lo hermoso en tal discusión que, según la fiebre aumentaba en los discutidores, según el choque de los opuestos sistemas caldeaba la atmósfera, iba ésta espesándose en su parte inferior, hasta ocultar a las criaturas humanas con sus defectos, con sus errores, con sus vicios, e iba aclarándose, transparentándose, iluminándose hacia las alturas del techo, para constituir, al influjo de los rayos eléctricos, un iris en cuya gama resplandecía el ideal.

Bajo la presión de esta atmósfera comenzó Tomás la lectura del primer acto de su drama.

Tuvo aquel acto, donde se planteaba brava e inspiradamente un hondo problema social, éxito unánime.

Aun los refractarios a las ideas del poeta, elogiaron los arranques del pensador y los bríos del diálogo.

Todo fueron bravos, aplausos, abrazos y felicitaciones. Al éxito contribuyeron mucho las botellas de Champagne que descorchó Paquito.

— Había que acabar el drama cuanto antes; el poeta no tenía perdón. ¡Ocho meses sin poner mano en la obra! Nada, para el te próximo, dentro de quince días, era inexcusable traer el acto segundo; para el te siguiente, el tercero. Pepita se encargaría de que lo leyeran y representaran a escape empresarios y cómicos.

Luisa Mazini, la actriz en proyecto, hija de la italiana, siguió con entusiasmo la lectura de la obra; en los pasajes culminantes llenábanse sus pestañas de lágrimas. Tomás vió estas lágrimas, y vió cómo en la última escena, en la situación desgarradora que la finalizaba, la frágil criatura reflejó una a una en sus ojos las emociones dolorosas de la catástrofe. Aun secaba Luisa su llanto cuando Tomás se acercó a ella para entablar un diálogo entre artístico y amoroso, que continuó después de la tertulia, porque Tomás acompañó a las señoras hasta su domicilio, juntamente con un primo hermano de la madre, el cual primo durante la velada no abrió su boca más que para comer. Echaron delante los jóvenes, y hubo de adquirir interés tal su conversación, que se citaron para continuarla a una de las rejas que en la calle del mismo nombre se abría sobre el cuarto de Luisa.

Fué una hora poética. La luz de la luna volvía las fachadas marfil; arrastrándose por el suelo como una serpiente de nácar, se retorció entre los hierros envolviendo a los jóvenes, estrechándolos entre sus anillos de plata, con una caricia de ensueño.

Con el orgullo de su triunfo en la imaginación y

con el idealismo amoroso despierto por obra de la chiquilla soñadora, de la luna pálida y de la reja, adornada con flores, llegó Tomás a su casa de la calle de los Dos Amigos.

Al abrir la puerta, al contemplar al reflejo de una cerilla aquella habitación amueblada por otro, Tomás sintió una impresión de asco.

— ¡Gachó, creí que no venías!... ¡Yo que tú, espero a la misa del alba!— gritó Encarnación desde la cama.

Refrescado en sus ambiciones artísticas por la velada en que dió lectura al acto primero de su dramático poema, Tomás trabajaba en él activamente.

No lo hacía en su casa. «Entre estas paredes—exclamaba, con gran pena de Encarnación—, las ideas no acuden.» Y cogiendo lápiz y cuartillas, se encaminaba a cualquier banco del Retiro o de la Mòncloa; otras veces escribía en el velador de un café; no pocas en casa de su madre, a quien, según transcurrían meses, visitaba con frecuencia mayor. Para la calle de los Dos Amigos «dejaba las traducciones, los artículos con sorpresa» y otros que bien pudieran llamarse de primera necesidad.

— En mi despacho—decía Tomás a sus amigos— me es imposible hacer nada con sentido común; su atmósfera me ahoga.

Luego, aquellas comadres que se le metían por la

puerta, el eco imbécil de sus chismes, el café tomado en comandita por Encarnación con *la Avispa* y otras chulonas... ¡Buenas musas estaban!... El fango removido por ellas salpicaba contra las cuartillas del poeta, enlodando su inspiración. Nada de torres de marfil, pero al menos un lugar donde pudiera trabajar sin estorbos.

Buscándolo, acudía a los parques poéticos de la Villa, a la mesa cafetera donde el cenáculo tertuliaba o a casa de su madre, que andaba de puntillas por las habitaciones para no distraer al hijo.

— Tal vez las visitas frecuentes de éste fueran comienzo de una total regeneración, de un retorno al hogar que locamente abandonara. Las malditas mujeres habían tenido la culpa de las locuras de Tomás. Primero Isabel con sus perfidias; luego Encarnación, que le engatusó con sus arrumacos, arrancándole del amor de la madre, ayuntándole a su vergonzoso vivir. ¡Ah, la mala pécora! ¡Bien supo engañarle! Y si fuese, aunque de humilde condición, una muchacha honesta... ¡Pero una de todos!... ¡La odiaba!... Ella, tan pronta al perdón, a la misericordia, a la disculpa de las faltas ajenas, la odiaba. A estar en sus manos, la hiciera desaparecer de este mundo.

Era el egoísmo de la madre, imponiéndose a todo, llegando a la injusticia, en su propósito de sincerar al hijo, de arrojar todas las responsabilidades de su mala conducta sobre una mujer, que si cometía algún delito era disputar a doña Dolores el amor del poeta.

Porque Encarnación amaba sinceramente a Tomás.

A los comienzos de su unión se había entregado a él, como a todos, por capricho, por simpatía carnal hacia aquel buen mozo de bigotes retorcidos y ojos claros. Más tarde le hizo entrega de su alma, a la cual ningún hombre tuvo hasta entonces la curiosidad de asomarse.

— Esto de ahora — decía Encarnación hablando con *la Avispa* — no se parece en ná a lo de antes. Tomás me ha vuelto del revés. Mi querer como mi vivir, son talmente otros. Quiero como una mujercita honrá y vivo como una mujercita honrá. Si vieras qué gusto da querer así y vivir así...

No mentía Encarnación hablando de este modo. Gustaba de aquella coexistencia con un hombre solo; de aquel ayudarle con el trabajo de sus manos, de aquellas honradas apariencias que su hogar adquiriría. Quizás no fué solamente el amor quien intervino en este cambio. Tal vez ayudaron a él egoísmos confusos, afanes de una vejez tranquila, cansancio de un ir y venir tormentoso, a cuyo término se dibujaban el hospital y la fosa común.

Aun fuera más completo, más radical el cambio, de ayudar a él Tomás. Las amistades de Encarnación continuaban siendo las mismas: mozas del partido, disimuladas en su tráfico, prenderas, zurcidoras de voluntades, visitaban la vivienda de la calle de los Dos Amigos para tomar café, y jugar partidas de brisca, chismorreando de los prójimos, manchando el hogar del poeta con el relato de las aventuras en que intervenía aquella gentuza. Tomás pudo evitarlo;

hubiera bastado una advertencia suya para que Encarnación la acatara en orden. Pero Tomás, aun sintiéndose molesto por tan ruines tertulias, aun maldiciendo de ellas a solas o en los diálogos con sus amigos, las consentía sin protesta, encogiendo los hombros. Encarnación tomaba aquel ademán de hombros por un asentimiento mudo, y continuaba con las amistades y tratos a que la tenía sujeta la costumbre. No serían malos cuando el joven se los dejaba frecuentar, cuando él los frecuentaba y los compartía con ella en la taberna de la Paca y en otros lugares parejos.

¿Por ella?... ¡Lo que es por ella!... Con su casita y con su hombre hubiera tenido bastante hasta el remate de su vida. Lo demás importaba poco. Bien lo había probado dejando de frecuentar bailes, talleres de peinado, kermesses y merenderos de la Bombilla y de las Ventas.

Cuando a la mañana, en tanto que el poeta dormía, se levantaba Encarnación, y, tras lavotearse y recogerse el moño, empuñaba los zorros y la escoba para limpiar su casa, se creía la hembra más feliz de este mundo. Canturreando por lo bajo para no despertar al mozo, quitaba el polvo a los ladrillos, removía los muebles, dejaba limpios como patena los floreros de la consola, el reloj despertador de acero, las oleografías que ornamentaban las paredes, la cajita de conchas marinas, recuerdo de un viaje que hizo a las playas de Gijón, el San Antonio, frente al cual ardía siempre una lamparilla. Relucientes que-

daban los espejos, como de oro los marcos, como dadas lustre las lozas; sin manchas el palanganero; peines y cepillos sin rastro de pelambre; más blancos que el ampo de la nieve, toallas y paños de afeitar. A seguida preparaba el café a su Tomás; abría la alcoba, desentornaba la ventana, y a desayunarse con él, a despertarle primero con un beso; a ir partiendo las rebanaditas de pan y manteca, que algunas veces pasaban de sus labios a los de su amante mordidas por los diente-cillos menudos.

Al finalizar el desayuno, si quería proseguir su sueño Tomás, cerraba Encarnación la ventana del dormitorio; si no, preparaba el barreño, donde con auxilio de una «manguilla», aseaba él su cuerpo; ponía la maquinilla de afeitar en su punto, y vertía contra la palangana el agua transparente del jarro. Mientras el poeta dormía o se aseaba, espumaba ella los pucheros; después, al compás de la respiración o de los plumeos de su amante, humedecía libras de tabaco, y liaba, despuntaba y cerraba los cigarrillos con la uña de acero que sus dedos ágiles revolvían con rapidez y precisión de máquina.

No necesitaba, contando con el cariño de Tomás, otras satisfacciones. Le bastaba con tenerle a su lado durante la comida; con que tornara a la noche sin copas y sin malos modos; durante el día, que procediese a voluntad, que entrara y saliera a su gusto; para eso era el hombre. ¡Eso sí!... ¡Que no anduviera con faldas más de lo corriente!... Vaya, que en una juerga y por una vez, sólo por una vez, pecara. Lo

hacen todos. Bien mirado, ni siquiera es faltar a la que espera en casa. En estos lances no entra para nada el cariño. Lo malo es cuando tras un día viene el otro; cuando en las juergas se echa mano siempre de la misma mujer. Así empiezan las cosas; a la postre se enzarzan y la de las juergas tira a la de casa por lo alto. ¡Si lo sabría Encarnación! Algunas veces fué ella la de la juerga y acabó por plantificar a la de la casa en el arroyo. ¡Ojalá nunca hubiera sido la de la juerga!... En fin, ya pasó y «pa en jamás de los jamases.» Ella sería una mujercita de bien; cumpliría con sus obligaciones y no tendría nadie que poner su cara en vergüenza y su conducta en pleito. ¡Ahora que Tomás se mirase! Buena, sí; tonta, no. Recogida andaba, pero su genio lo tenía.

El mal estaba en que, a juzgar por los indicios, alguna «deshace-matrimonios» andaba royendo su dicha. Si no, ¿cómo explicarse el desvío que Tomás desde hacía un mes la mostraba? Él no se daba cuenta, pero bien lo advertía Encarnación en las horas de intimidad. Las vivía distraído, con el pensamiento muy lejos de la mujer que apretaban sus brazos. A cenar faltaba con frecuencia; a dormir, muchas noches. Caricias, sí; buenos tratos, también; pero el desapego vibraba en la caricia, la indiferencia en el buen trato. Si la joven se quejaba de aquel desabrimiento, Tomás sonreía, asegurando entre burlas que un beso y otro beso endulzaban, que no eran por otra mujer sus afanes, que sus distracciones obedecían a los cuidados del periódico que estaba a punto

de fundarse con el dinero de Paquito. Habían tomado casa en un principal de la calle del Pez. Dos balcones al exterior; sala para la redacción; para el director un despacho, para el administrador otro, con más oficina-administración y una habitación para el conserje. Éste usaría, cuando el semanario funcionara, gorra de galones, con letras de dorado perfil. *El Rebelde* dirían las letras; *El Rebelde*, la muestra que campease entre los dos balcones; *El Rebelde*, la mampara roja; *El Rebelde*, la cabecera del periódico, y «Tomás Avendaño, director de *El Rebelde*», las tarjetas y besalamanos que en la imprenta de *El Rebelde* había encargado su rebelde organizador.

No iba a ser un semanario de poco más o menos; tenían imprenta, papel, redacción... y en la redacción mobiliario, mesas y sillas de verdad.

Pero ¿qué valían imprenta, redacción y mueblaje, frente a las ideas que iba el semanario a mantener de cara al universo? ¿Qué, frente a los hombres encargados de proclamar estas ideas y frente al caudillo de hombres tales? ¡Ya verían, ya verían los «consagrados» quiénes eran los redactores de *El Rebelde*! Por obra de sus plumas, España, el mundo en todos sus órdenes vitales, emprenderían mejores derroteros. ¡Orientar el mundo! ¿No significaba gran tarea? Pues él, Tomás, con auxilio de los del cenáculo, iba a realizarla. ¡Y se extrañaba Encarnación de que anduviera preocupado, sujeto a distracciones!

«¡Lo que son las mujeres!» — exclamaba encoyendo despectivamente los hombros; y si Encarna-

ción tras oírle contestaba con gesto receloso: «¡No es eso! Seré una ignorante, una bestia; pero yo me entiendo. No es eso», Tomás se enfurecía, renegando de la torpeza de las hembras, incapaces de entender a los grandes hombres. «¡Eres una majaderal —decía—, ¡una majaderal!», y ganaba los escalones, no queriéndose confesar que su querida tenía razón, que «no era eso» lo que motivaban sus distracciones y desdenes, sino el comienzo del hastío, el primer síntoma de cansancio, la hartura iniciándose tras un año de posesión.

Tenía disculpa Tomás. No se daba exacta cuenta de lo que pasaba por él; nunca como entonces guardó fidelidad a su compañera. No podían motejarse de infidelidades sus diálogos artístico-amorosos con la niña de la italiana. Ellos no eran cortejo; eran un *sport*, un *flirt* sin consecuencias, un viajecillo de los espíritus al ideal. Algunas veces los espíritus se reclinaban contra los cojines de un beso. De ahí no pasaron las conversaciones mantenidas entre Luisa y el mozo a través de la reja. ¿Otra mujer? ¡Bah! Cuatro o cinco noches salteadas, en el espacio de dos meses, anduvo con «la decimera»; pero ello no traía malicia: cosas del alcohol y de la morena chulapa, capaz de poner incendio a un carámbano. ¿Hembras? ¿Entregarse a una hembra franca, rendidamente? Lo hizo ya una vez, y aún no cicatrizó la herida. A cosas más grandes dedicaba su empeño. Al *Rebelde* primero, después a reinar sobre las generaciones que *El Rebelde* iría modelando. ¿Encarnación?... Claro que no pen-

saba abandonarla, que era muy de su gusto; pero que no le aburriera con celos y pegoserías, que no estorbara su libertad y sus ambiciones.

Encarnación pensaba de otro modo. Las distracciones, los desabrimientos de Tomás la traían huraña, cavilosa. Indudablemente, había una mujer por medio; debía ser «la decimera». Las amigas de Encarnación, en sus visitas y en sus conversaciones, se lo daban a comprender con medias palabras compasivas. Fué *la Avispa* quien tiró de la manta.

— ¡Vaya, chica, no lagrimees! — dijo deteniendo en el aire la taza de café que se iba a llevar a los labios —. La cosa no es pa tanto. En cuanto hagas punto, se acabó. Lío, hay. Vale más que te enteres, pa que en su principio lo cortes y rematen las penas y güelva ese recocio al redil. Anda de chuleo con «la decimera». ¿Estás, tú? A fin de cuentas, ná; pero la moza se las trae. Aprovechando que te has metio a monja de la perpetua adoración, la jicha se ha declarado parásita, y siempre anda encima del hombre. Lo mismo se planta en el café con los faralares de lujo y le manda recaó pa que vaya a su velador, que se entra en casa de la Paca y empieza a pedir rondas de lo triple y a tirar a Tomás rentoys pa que éste se encampane en los medios y tire el derrote por ella. Una ansiosa. ¿Estás, tú?

—Estoy. Pa mí que le voy a cortar el ansia. Buena soy; en mi casa quiero estar recogida; de ella no me muevo, pa que ninguno tenga que murmurarme, pero si alguien me quita la tranquilidad y me ronda el

hombre por quien vivo, como dices tú, en monjita de la perpetua, se arremató el aguante. A ésa, aunque fuese la tigre del Retiro, le corto las uñas y la dejo más mansa que una corderita de leche. ¿Ande puedo encontrarme con esa hermosura esta noche? Pa mañana no quea.

— Pues tiés razón que te sobra. El llanto sobre el difunto. He de ir contigo, y lo que sea de ti será de mí. Conque fuera tapujos. Ocasión como esta noche, no se te ofrecerá. La «señora» se dejó decir ayer tarde en el comedor de *la Sombrerera* que hoy a la noche la esperaba en el baile *su* Tomásín, así le llama ella, y que dende el baile irían ande se les terciara. «Poco pueo — añadió — o el jambo va a ser pa mi presonita serrana, y a barrer a ese caracol que tié por concha la calle de los Dos Amigos, a esa valiente que se retiró a tiempo pa que no la echaran los mansos.» Yo le dije...

— Lo que tú dijiste lo supongo. Lo que voy a hacer esta noche, pero esta noche misma, no se lo supone ella. ¿Qué hora es? — añadió mirando hacia el reloj.

— Las diez y media. Hay tiempo; hasta las doce no está el baile en su punto. Echa otra taza de café, y sirve aguardiente mientras que yo me visto.

— Pero...

— Pero que ná; que nos vamos al baile. Antes de ir al baile, alquilamos dos capuchones en casa de *la Crista*, nos plantificamos una careta y entramos en la Zarzuela que no nos conoce la Virgen. Luego ya se verá. Pon Cazalla en mi copa. ¿Conque esas tenemos,

«decimera»? Abróchame la falda; clava en la abertura un imperdible. Ajajá. Ahora la blusa. ¿Dónde dejé la uña de hacer las cabecillas? Aquí está. El mantón... El pañuelo de la cabeza. Arremata con el peñascaró. ¿Listas? Aupa entonces.

Y dando un soplo al tubo del quinqué, ganó Encarnación con su amiga la puerta de la calle.

Había finado la mazurca y paseaban los bailarines por el ancho salón cuando entraron en la Zarzuela dos máscaras prendidas con dominós negros de seda que en lazos grana remataban; tupidas caretas encubrían sus rostros. Fueron recorriendo la sala hasta hacer alto y tomar asiento frente a un palco, donde cañeaba Tomás en compañía de Paquito, de su secretario, de algunos del cenáculo y de siete u ocho mujeres. Entre éstas se contaba «la decimera». Era mujer de pelo azabachino a gitana usanza peinado, de ojos claros, que verdeaban tras el obscuro pestañal, de labios gruesos, de pecho robusto y de quebradiza cintura. Tomás, rodeando con un brazo aquella cintura, rompió a bailar con la de los décimos cuando tocaron la habanera.

Dos galanes invitaron a las encapuchadas, aceptaron ellas la invitación y comenzaron a dar vueltas empujando a sus bailadores hacia donde estaba «la decimera» con Tomás. La más alta de las dos máscaras llegó junto a la de los décimos. De su capuchón rojo pendía un lazo blanco; la del dominó negro adelantó la diestra; de un tirón arrancó el lazo que por la espalda de «la decimera» caía, y lo ocultó con

tanta rapidez, que cuando giró aquélla su cabeza en busca de la robadora, nada pudo ver ni aun sospechar; la del dominó negro se había ocultado entre el gentío.

— ¡Vaya una gracia! — gritó «la decimera» —. Si es hombre, bueno va. Si fuese mujer, le pediría un ratito de plática, y la daría un recaio pa su señora madre.

Nadie contestó al reto. A una indicación de Tomás siguió la ofendida bailando hasta que finó la habanera. Tomás fué con sus amigos al ambigú; «la decimera», a recomponerse en el tocador para reunirse después con ellos. Salió del tocador y se reunió a un grupo de mujeres en el vestíbulo que al escenario conducía. Hablando estaban del lazo violentamente arrancado a la Antonia cuando se aproximaron al grupo Encarnación y su inseparable *la Avispa*. Ya no iban disfrazadas; vestían trajecitos de calle y daban a la luz sus rostros.

— ¡Calla, chica, tú por el baile! — dijo una de las del grupo, dirigiéndose a la querida de Tomás.

— En persona. ¿Qué quieres? Alguna vez hay que echar una canita al aire. Me aburría de estar como un caracol, dentro de mi casa, y «me he acordao». ¿A ti qué te ha ocurrido, Antonia? No sé qué oí al entrar de que te habían quitao el lacito del dominó y de que te habías puesto talmente hecha una tigre.

— Cosas de mal fari. Algún guasón o alguna patosona. ¡Por supuesto, si fuera mujer y me tropezase con ella...!

— ¿Qué le harías?

— Mentarle la madre y dibujarle con las uñas una falsilla en mitá de la jeta.

— ¿De veras?

— De veritas.

— Pues aprovecha, «Tragagente». Aquí está el lazo, y yo soy quien te lo ha quitao.

Hubo una pausa durante la cual las dos mujeres se contemplaron rostro a rostro. Las demás, comprendiendo lo inevitable de aquel choque, formaron en torno de ellas círculo.

— Quien te mienta la madre soy yo — dijo la toledana —. Y yo quien lo mismo que te ha arrancao el lazo va a arrancarte a puños ese pelo de que presumes.

Fueron una hacia otra con los dientes apretados, los cuerpos convulsos y las manos en garra. En el vestíbulo no había más gente que el grupo de mujeres y algunos curiosos. Éstos se cruzaron de brazos, para darse el espectáculo de una pelea entre dos buenas mozas.

Fué Encarnación quien primero engarfió sus dedos en la cabellera negra de Antonia. Ésta lanzó un grito y clavó las uñas en el cuello de su rival. De un manotazo desvió Encarnación la zarpa enemiga, y arrojando brutalmente a sus dedos el moño deshecho de Antonia, acercó la cara de ésta a la suya y la escupió en plena faz, gritando:

— ¡Toma! Pa eso nos sirves a Tomás y a mí, trocalle; pa escupidera. ¡Toma!, y ¡toma otra vez!

Los del círculo palmotearon. *La Avispa*, siguiendo a saltos las peripecias del combate, exclamaba a cada salivazo:

— ¡Ahí te va, «decimera»! Ese se te ha entrao por la boca. Ciérrala bien, hijita, que pués atragantarte.

Antonia, enfurecida por el dolor y por el insulto, mordió en la cara a Encarnación; ésta, de un revés, la hizo soltar la presa. Por un momento quedaron separadas, sueltas las cabelleras, espumeantes las bocas, los ojos en desafío, los puños en frenética contracción. Sus altos pechos jadeaban.

— ¡Duro, valientes! — exclamó uno de los espectadores—. ¡A ver quién se da con el espolón en la cresta!

— Yo le daré a esta descosía raposa — rugió «la decimera», poniendo mano en su bolsillo y sacando la armada de navaja.

— Eso no es de ley — gritaron algunos disponiéndose a intervenir.

— ¡Dejarla! ¡Dejarla! — gritó Encarnación con imperio—. ¡Dejarla! ¿Olvidasteis que aun me llamo *la Toledana*?

Desdeñosa, altiva, dejó venir a su rival. Alzó ésta el brazo en ademán de herir; no pudo lograrlo; las dos manos de Encarnación cayeron sobre la muñeca de la agresora, la retorcieron haciendo los huesos recrujir, y la navaja vino a tierra.

— ¡No eres quién pa matarme! — dijo *la Toledana*—. Ven, valiente, ven — añadió, arrastrando por el pelo a su rival vencida—. A los valientes se les premia. Te voy a poner la laureá.

Y con la uña de cerrar pitillos ajustada a uno de sus dedos, dibujó una cruz de sangre en el rostro de Antonia.

— No grites — continuó, acompañando con una carcajada los ayes de su temblorosa enemiga —; no grites, porque aun falta lo principal.

De un embite la hizo caer de hinojos; le sujetó la cabeza entre sus dos rodillas, y alzándole las faldas, mostrando al público aquellas opulentas carnes, se descalzó un zapato y empezó a zamarrear reciamente sobre ellas, llevando con la mano libre el compás y contando los golpes.

Por lástima intervinieron los espectadores, por deber unos guardias y un inspector, que a los gritos de Antonia acudieron. Antonia, para atraer sobre su derrota piedad, fingía un ataque de nervios. Encarnación, en pie, caídos por la espalda sus hermosos cabellos, sonreía, enjugándose con un pañuelo la sangre que brotaban sus arañazos.

— ¿Qué has hecho? — le dijo Tomás que llegaba.

— Probar a ésa que lo mío no me lo quita nadie. Y decirte a ti que por ti soy yo capaz de tó, de lo más bueno y de lo más malo. Ahora, señor inspector, lléveme usted donde le cumpla.

Los ruegos del público y la bondad del inspector la permitieron marchar libre. Llegó a su casa acompañada de su amante.

Sugestionado Tomás por el bravo arranque de Encarnación, dominada ésta por la pasión que hacia Tomás sentía, ganaron el portal trémulos, hambrien-

tos de caricias. A oscuras, abrazados por los talles subieron la escalera, como en su primera noche de amor; igual que entonces se poseyeron bajo un rayo plateado de luna que transparentaban los vidrios de la alcoba.

## VI

No fué aquella noche un resurgimiento, un retorno a las pasadas épocas. Paréntesis brevísimos fué abierto sobre la indiferencia de Tomás por una sacudida artística, por una emoción teatral extraña al amor; al término de aquel doloroso paréntesis, veía Encarnación horas más o menos largas de hastío en el corazón de su amante. Tras ellas vendría el epílogo, el apartamiento definitivo del varón.

Tomás se le iba de las manos. Estaba aún en casa de la amante, pero no estaba en el corazón de la amante, ni siquiera en el cuerpo estaba. Más de una noche (noches largas y crueles aquéllas) prensó su cuerpo contra el de él, sin que él lo advirtiera, sin que una vibración de sus nervios, un celeroso latir de su sangre respondiera a la caricia muda y desesperada de la infeliz mujer.

Le perdía. «¿Qué hacer para evitarlo?», se pre-